

#ENSAYANDO

La pesadilla de Taylor. Fragmentos y escenas del trabajo en el mundo contemporáneo

Dr. Gonzalo Assusa

gonzaloassusa@gmail.com

Universidad Nacional de Córdoba
Facultad de Filosofía y Humanidades
Córdoba - Argentina

IMÁGENES

JP Bellini

jpbellini@gmail.com

Universidad Nacional de Córdoba
Área de Diseño Gráfico
Córdoba - Argentina

Recibido: 17 de agosto de 2017

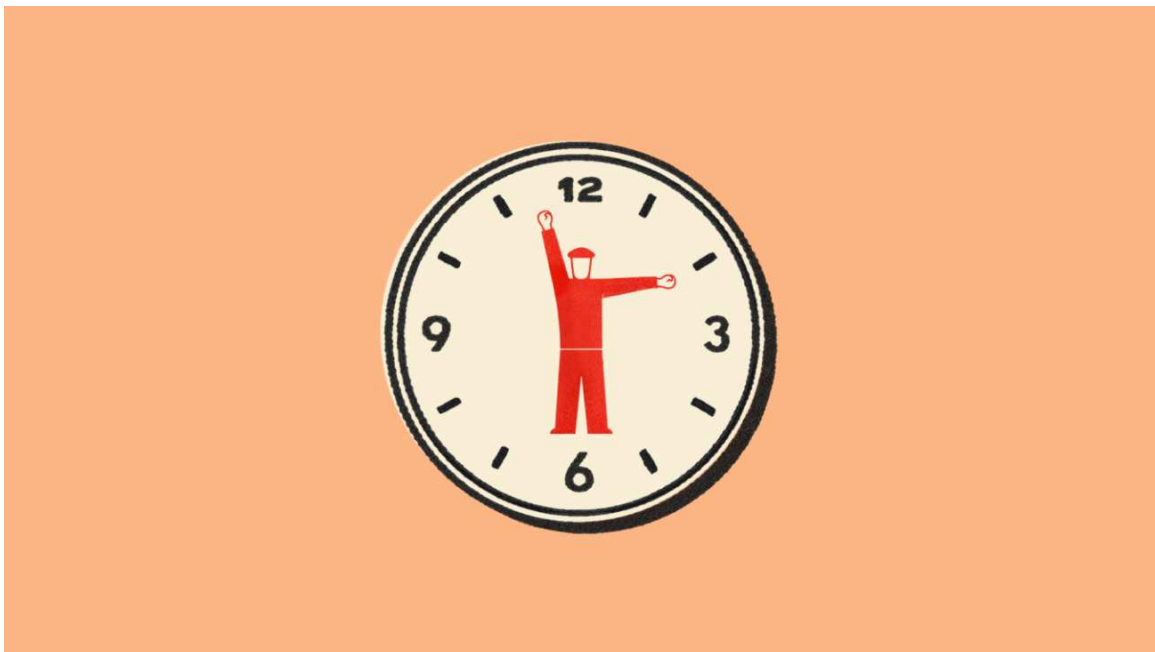
Cómo citar esta obra

Assusa, G., y Bellini, J. P. (2017). "La pesadilla de Taylor. Fragmentos y escenas del trabajo en el mundo contemporáneo". En: *Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH*, Nº 1. Córdoba: UNC. Recuperado de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/etcetera/article/view/22667>



Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

La pesadilla de Taylor. Fragmentos y escenas del trabajo en el mundo contemporáneo

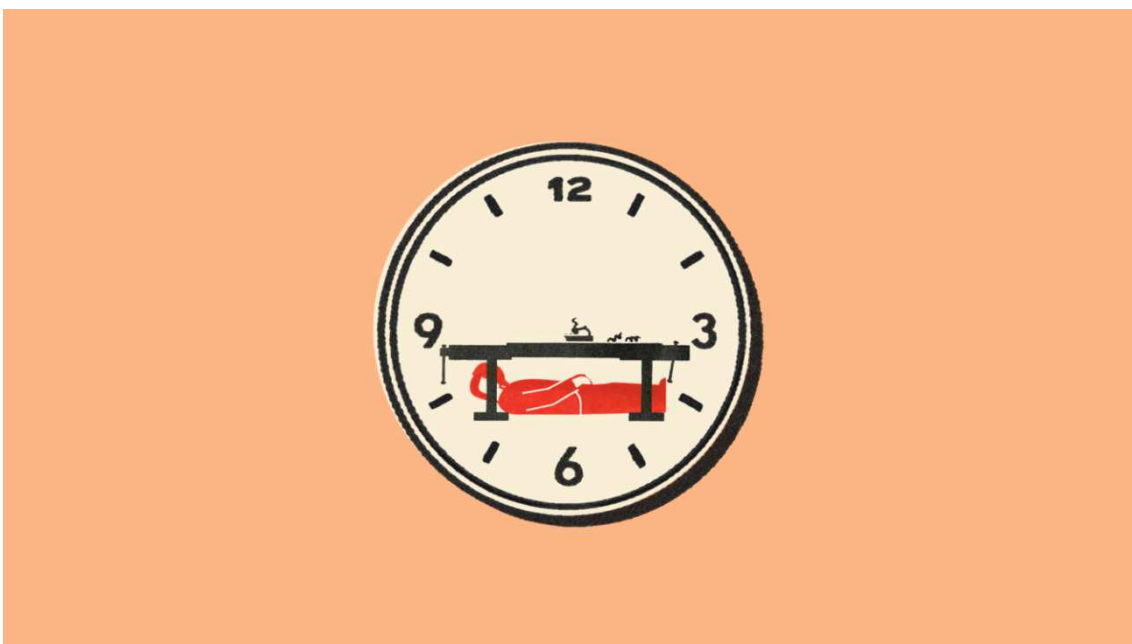


A finales de la década de 1990 Richard Sennett visitó una panadería de Boston. Los panaderos que él conocía ya no existían. Los que encontró no tocaban ni el pan, ni sus ingredientes, ni amasaban, ni probaban. Seguían todo el proceso de horneado en una pantalla con entorno de Windows, en donde cada tipo de pan, cada temperatura y cada estado de la levadura era representado por un ícono: *“Como resultado de este método de trabajo, en realidad los panaderos ya no saben cómo se hace el pan”*. Según Sennett, estos trabajadores ya no poseen un oficio. Su trabajo ya no resulta algo legible para ellos y, por lo tanto, ya no ocupa el centro de sus vidas.

Por aquella época casi todos en las ciencias sociales prestaban su pluma para firmar ese certificado de defunción: las personas ya no definen sus identidades en base al trabajo, el empleo ya no le da sentido a sus vidas y ya no determina el lugar que ocupan en la sociedad. La etnia, el género, los estilos culturales y los consumos irrumpieron y coparon la escena de la investigación social. Los sociólogos de los años ochenta lamentaban que el Estado de Bienestar hubiese petrificado el potencial utópico de la sociedad: habíamos soñado con la revolución y nos habíamos conformado con las vacaciones pagas.

Efectivamente, desde aquel momento los empleos en el centro y en la periferia del mundo parecen ser más y más inestables. Las personas ya no aspiran a tener un trabajo “de por vida” o lo logran cada vez menos. Sus derechos, su lugar de residencia, su tiempo de ocio y sus adscripciones políticas ya no forman órbitas alrededor del trabajo. En este caldo de cultivo las microteorías post- se esparcieron como la hierba y el mundo social llegó a pensarse como una gran góndola de identidades.

Promediando el cambio de siglo todas estas se volvieron verdades sabidas: el fin de las clases sociales, el fin de las ideologías, la debilidad y la flexibilidad de las identidades y el fin de la cultura del trabajo. El mundo social parece menos ordenado, menos estructurado y menos estable. Pero ¿Eso significa que el trabajo ha dejado de ocupar el centro del sistema?





El eterno velorio del artesanado

La angustia de los intelectuales por el fin de los oficios es menos original de lo que los contemporáneos de toda la historia creen. Los luditas, sin demasiado linaje erudito, iniciaron la marcha del anacronismo nostálgico hace siglos. Walter Benjamin, cuando tomó la posta, lamentaba el empobrecimiento de la experiencia moderna que, viajando a velocidad de locomotora, percibía los árboles al costado de la vía distorsionados como una repetición continua. A principios del siglo XX Frederick Taylor revolucionó el mundo con un recurso literario: la sinécdoque. En los manuales aparece como el inventor de un sistema de división de tareas en el proceso productivo que tenía un doble objetivo: el aumento de la productividad y la merma del control obrero sobre ese proceso. Pero en el fondo, el giro copernicano que imprimió su pensamiento a la vida económica del siglo -al menos hasta la década de 1970- fue de orden conceptual: el de dejar de pensar en trabajadores para pensar en sus fragmentos: brazos, manos, dedos, por minutos, segundos, milésimas. Estos fragmentos pasaron a formar parte de un nuevo todo: una lista ordenada de gestos, movimientos acotados, cronometrados, hasta embrutecer el cuerpo y la mente, hasta abstraer al trabajador de su propio ser. La tradición que va desde el Marx de los *Manuscritos* hasta la Escuela de Frankfurt, pasando por el Lukacs de *Historia y conciencia de clase* tiene nombre para eso que en el capitalismo más puro prohíbe que al obrero se le ocurra comer siquiera una caloría (un celular, una zapatilla, un auto, qué más da) que no resulte estricta e irrefutablemente *necesaria* para su existencia productivista. A esa forma de ser hombre-función le llamaron *alienación*.

Probablemente las ciencias sociales hayan fallado al haber dado un crédito desmesurado sobre el carácter absoluto y unidimensional de esta expropiación del conocimiento, el movimiento y el saber sobre el trabajo. Es verdad que el taylorismo sirvió para concretar una tercera fase de robo legitimado contra los obreros: al de los medios de producción y del producto de su esfuerzo se suma el robo del tiempo y el control del proceso de trabajo. Pero no existe subordinación absoluta, de la misma manera que no existe imperfección que se entregue de lleno al diseño racionalizado de los técnicos de la producción. Los trabajadores se niegan

a ser gestos mínimos de sus brazos. Vuelven a ser máximos y totales cada vez que el reloj, entre gesto y gesto, les da el espacio involuntario de la libertad.

En una fábrica de Citroën, Richard Linhart hizo con su cuerpo eso que en el mundo de la militancia comunista llaman “proletarizarse”; eso que resulta a todas luces un contrasentido sociológico: elegir –por voluntad política- el lugar subalterno en las relaciones de producción, como si eso borrara el pecado original de clase que la posibilidad misma de elección implica. Luego, y casi reconciliándose con su clase de origen, escribió *De cadenas y de hombres*. En su vida había hecho con sus manos de intelectual algo más que teclear y abrir páginas. En la inmensidad ruidosa de la cadena de producción, Linhart se sintió en ese tiempo sin fin de movimientos fragmentados, donde cada respiración debe ser necesaria y cada gesto racionalmente planificado. Una oda al utilitarismo: *“En los intersticios de ese deslizamiento gris entreveo una guerra de desgaste de la muerte contra la vida y de la vida contra la muerte. La muerte es el engranaje de la cadena, el movimiento imperturbable de los coches, la repetición de gestos idénticos, la tarea nunca acabada ¿Un coche terminado? El siguiente no lo está, y ya ha ocupado su lugar, desoldado precisamente donde se acaba de soldar, rugoso exactamente en el sitio que se acaba de pulir hace un instante ¿Está hecha esa soldadura? No, hay que hacerla. ¿Ahora sí está hecha de una vez por todas? No, hay que hacerla, siempre está por hacer, nunca hecha, como si ya no hubiera movimiento, ni efecto de movimiento, sino únicamente un simulacro absurdo de trabajo, que se deshace apenas hecho, como por efecto de alguna maldición”*.

Con el ritmo de los segundos desesperantes de movimiento continuo el modelo taylorista de la fábrica subyuga cada músculo de cada miembro de cada operario. Los hace idénticos. Pero el defecto crece como el musgo entre las piedras y el trabajador se entromete e interrumpe el reloj de la producción aunque más no sea para salir a fumar: *“Quizás podría decirme que nada tiene importancia, que basta con habituarse a hacer siempre los mismos idénticos gestos sin aspirar más que*



a la plácida perfección de la máquina. Tentación de la muerte, pero la vida se niega, resiste. El organismo resiste, los músculos resisten, los nervios resisten. Algo en el cuerpo y en la cabeza se yergue, tensa, contra la repetición y la nada. La vida se insinúa en un gesto más rápido, un brazo que cae fuera de ritmo, un paso más lento, una pizca de irregularidad, un falso movimiento, "remontar", "hundirse", la táctica de cada puesto. Todo eso por lo cual, en ese ridículo punto de resistencia contra la eternidad vacía que es el puesto de trabajo, hay aún acontecimientos, aunque sean minúsculos, hay todavía un tiempo, aunque sea monstruosamente estirado. Esa torpeza, ese desplazamiento superfluo, esa súbita aceleración, esa soldadura mal hecha, esa mano que insiste por segunda vez, esa muesca, ese "descuelgue", eso es la intromisión de la vida, es todo lo que en cada uno de los hombres de la cadena grita silenciosamente: "¡Yo no soy una máquina!".

Karl Marx explicaba que, para su teoría, el burgués no era malo sino burgués. Las relaciones de producción en el capitalismo resultaron más complejas que las de ninguna otra época por su despersonalización. En su modelo ideal son relaciones de legajo, sin nombre de pila, sin encuentros cara a cara. Pero cada tanto eso que se llamó lucha de clases aparece con una pelota de por medio. Andrés había conseguido trabajo en una empresa que repara ascensores de edificios. Era su primer empleo en blanco, su primer trabajo en la industria y el primero fuera de la obra. Pero lo primero que me contó no fue sobre sus nuevas tareas, sino sobre el partido de fútbol en la empresa. El guaso toro gordo grandote que levanta los motores iba al arco en el otro equipo.

- ¡No sabés! -dice sorprendido- Lo bien que ataja y cómo se tira al suelo... tres pelotas me sacó, no le podíamos hacer gol.

Dice Andrés que se cagan a patadas. Todos. Dice que a uno le fue tan mal que en toda la cancha se escuchó el quejido por el dolor entre las costillas.

- ¿Viste a quién le pegaste? –le preguntaron.

Él no tenía idea: el gringuito que jugaba con calzas térmicas debajo de los shores de futbol era el hijo del jefe. No importa. Todos se cagan a patadas en la cancha.

- Después, en la chata, se dan piquitos entre ellos -se ríe-. Con estos fríos es terrible en la chata, porque las lonas están todas rotas y no cubren nada y en las obras peor, porque son heladas. Para colmo, si cumplís años, te ponen al medio y te cagan a piñas. La semana pasada cumplieron dos: a uno le dejaron la nariz sangrando y al otro le quebraron una costilla. Le tuvieron que dar carpeta médica. Obvio que no sale de ahí...

Por esos azares de la vida, Ben Humper, un operario, hijo de operarios y nieto de operarios nacido, criado y crecido en Flint, conoció a Michael Moore. Por esa época el ahora realizador cinematográfico era director de una revista independiente de izquierda de esa ciudad. Humper, que no era escritor, empezó a redactar una columna bajo el seudónimo “cabeza de remache”, contando las bizarras y microscópicas formas en que la vida se colaba cada día en el reino de la utilidad absolutista de la General Motors. En *Historias de una cadena de montaje* cuenta el juego que inventaron con cuatro de sus amigos llamado “hockey remache”: *“Una mezcla de fútbolín, balompié, la Guerra Civil y cualquier película de Charles Bronson a partir de 1972. Era el caos absoluto, un todos contra todos neandertal tan extremadamente violento como divertido. Las reglas eran muy sencillas: colocabas un remache en el suelo, localizabas a un contrincante que trabajara contigo en la cadena y pateabas el remache lo más fuerte que pudieras hacia el pie, tobillo o espinilla del compañero. A mayor dolor causado, mayor premio. Un tiro directo a tibia tierna o hacer sangrar a alguien por debajo del pantalón era equivalente a marcar un gol a cuarenta y cinco metros de la portería durante la Rose*

Bowl. Los remordimientos estaban prohibidos y se alentaba la venganza. Lo único ilegal eran las fracturas. Sálvese quien pueda”.

A veces lo que sucede en la fábrica por fuera del orden productivista no es parte-engranaje-etapa de un otro plan rojo pergeñado contra el sistema capitalista. Dormir una mini siesta en el baño, inventar una competencia mental contra uno mismo para asesinar cruelmente la rutina, trabajar demasiado rápido para ganar seis secas de cigarrillo. A veces es, simplemente, algo inútil y no sirve más que para procesar las relaciones de producción a las patadas.



El que sabe, sabe

En el mercado laboral la oferta y la demanda se distribuyen en un sentido invertido a lo que indica el instinto. Demandan los empresarios y ofertan los trabajadores. Por eso los técnicos de organismos internacionales sostienen que son desempleados aquellos que no ofrecen un “buen producto”, algo que pueda interesarles a los consumidores de trabajo. Los estudios laborales utilizan la elegante idea de “desajuste” para decir que a los buscadores de trabajo les falta educación, capacitación técnica, competencias laborales y hábitos. En resumen: es

culpa de las víctimas por no saber (o querer) buscar, ni saber conseguir, ni saber trabajar.

Y no es de extrañar que no sepan si, como cuenta Sennett, el panadero ya no hace otra cosa que clicar íconos en una pantalla sin tener la más mínima noción del proceso de trabajo que va desde la harina hasta el pan. Que no supieran era el objetivo original de Taylor, porque saber es poder, y los costos laborales aumentan cuando son los muchos los que saben.

En sus últimos meses en Citroën, en la cadena de soldadura, Linhart conoció a Demarcy: *“Ese retocador de puertas es un francés, un hombre meticuloso, de cabellos grises, cuyos movimientos hábiles observo con admiración: se diría un pequeño artesano, y parece casi fuera de lugar, olvidado como un vestigio de otra época en el encadenamiento repetitivo de los movimientos del taller. Dispone de numerosas herramientas para esmerilar, pulir, soldar, estaño, soplete, mezcladas en una especie de caos familiar donde siempre encuentra sin vacilar lo que le hace falta, y cada retoque desencadena una operación única, jamás idéntica a la anterior. Son los azares del prensado, de los transportes, de los roces y de las colisiones, de las piezas caídas al suelo o golpeadas por un fenwick lo que determina qué tendrá que enderezar, tapar, soldar, pulir, rectificar. Cada vez que toma la pieza defectuosa, la mira atentamente, pasa el dedo por las irregularidades (concentrado como un cirujano antes de una operación), vuelve a dejarla, toma su decisión, ordena las herramientas que necesitará y se pone a trabajar. Trabaja inclinado, a diez o veinte centímetros del metal, exacto en el golpe de lima o de martillo, sin alejarse más que para evitar el haz de chispas de la soldadura o el vuelo de esquirlas metálicas del esmerilado: un artesano, casi un artista”.*

Su banco de trabajo, sostiene Linhart, era lo más impresionante: una especie de Frankenstein hecho de trozos de chatarra y soportes heteróclitos, con agujeros por todas partes y una apariencia indescifrablemente inestable. Ese banco que él mismo había fabricado y que funcionaba como extensión de su cuerpo en el

trabajo, le resultó ilógico a la Oficina de Métodos y Tiempos de Citroën: irreplicable, desestandarizado, anormal, caótico. Un buen día los de la “Oficina” quitaron el banco artesanal y en su lugar dejaron un cubo enorme y pesado de hierro fundido, con dos tornillos y sin agujeros para pasar sus herramientas por arriba y por debajo de las piezas malogradas. Demarcy ya no podía ser el habilidoso artista de los movimientos únicos: después de años como operario profesional debía rendir examen frente a los técnicos de “Métodos”, que lo controlaban desde sus jaulas de vidrio y que le exigían gestos idénticos, reemplazables, desalmados e impersonales: *“Sus manos pierden seguridad, ya no saben en qué orden debe realizar las operaciones: ¿no había una lista de tareas, que ha olvidado hace mucho tiempo? Lo que antes hacía por instinto ahora intenta hacerlo según las recetas, según lo previsto para esa maldita máquina. Se embrolla, empieza a martillar sin haber sujetado los dos lados, la puerta se desliza y tiene que recomenzar, hace una soldadura, otra más (la mano que sostiene la soldadura tiembla), para la tercera soldadura tiene que dar vuelta la puerta, afloja los tornillos, los vuelve a apretar, suelda... Sí, pero ahora tiene que martillar del otro lado... Afloja, da vuelta a la puerta, aprieta, martilla, enrojece, molesto porque se da cuenta de que acaba de hacer una operación de más, lo cual seguramente no ha pasado desapercibido por su temible público [...] El viejo tuvo que soportar su humillación hasta el final, hasta el último minuto de la jornada de trabajo. Inclinado, torpe e inseguro, sobre un banco de trabajo que de pronto se ha vuelto algo extraño y peligroso, y con toda esa banda a su alrededor, como si le estuvieran tomando el examen profesional a un novato, dándose codazos, poniendo cara de horror, haciendo observaciones. Y Gravier, que simulaba enseñarle pacientemente (“¡Pero no, Demarcy, primero la soldadura!”) a él, el viejo profesional que no había perdido una pieza en años y a quien hasta ese día todo el mundo respetaba por su habilidad”.*

En Argentina existe la extraña tendencia al festejo del emprendedorismo junto al lamento contra la “viveza criolla”. Las frases que empiezan con “en este

país” casi siempre son el preludio de rasgarse las vestiduras contra la falta de normas, de instituciones, de “verdaderos” lo que sea. Pero el viejo Vizcacha no tiene el monopolio de la picardía por estas tierras.

En la casa de Daniel hace tanto frío como en la calle. Mientras habla señala paredes sin revoque fino, con canaletas por las que se ven los caños corrugados color naranja de la instalación eléctrica. Los muros sin pintura parecen más helados.

- Esto lo hicimos nosotros, con mi papá y mis hermanos. En realidad era de mis abuelos y lo fuimos ampliando.

Me cuenta con lujo de detalle la construcción de esa pieza y la instalación del potencial sin que le entienda media palabra. Se tiente y ríe ruidosamente al recordar cuando querían prender la luz y se encendía el ventilador o saltaba la térmica: “Echando moco le agarré la mano”. La casa donde Daniel vive con su familia la construyeron ellos, con sus propias manos y sus propios cables cruzados: “Nos damos maña”, dice sonriendo.

Su padre trabaja de panadero en barrio Providencia, por lo que se levanta todos los días a las tres y media de la mañana para tomarse dos colectivos, llegar y prender el horno. Daniel tiene 20 años, cuerpo de maratonista, ni alto ni bajo. Casi siempre viste jeans, remeras negras de bandas de rock y zapatillas John Foos. Cuando lo conocí, tenía una cubana de rastas largas y trabajaba “en la obra” hacía ya muchos años. Como tiene bermudas se le ven los tatuajes en las piernas flacas: “Me los hice yo”, dice con una sonrisa amplia y sale disparado por una puerta sin puerta. Vuelve con un aparato indescifrable en las manos. El motor, de una bandeja de CDs de una CPU en desuso. El mango de una birome Bic azul derretida. En la punta, una aguja que esteriliza con fuego cada vez antes de usarla. Lo había fabricado hacía un tiempo ya. Toda su banda de amigos tiene sus tatuajes. Guarda su herramienta apurado porque se tiene que ir a trabajar.

No sabía que existía algo llamado “Nuendo” hasta que me lo nombró en medio de explicaciones musicales. Rubén fue albañil durante muchos años hasta que tomó coraje para largarse como jardinero. Así gana más o menos lo mismo que en la construcción, pero maneja mejor sus tiempos. En esos momentos que le robó al reloj de la obra hace música en una banda de cuarteto. Tocaba el piano por monedas en bandas chicas, pero se cansó y quiso volver a cantar. Ensayaban con dos bafles, una potencia y una consola chica que había comprado, pero le entraron a robar y quedaron a pata. Ahora ensayan con sonido prestado, y cuando pueden y los invitan, tocan en boliches del Abasto.

- Ni ahí tocamos por plata. O sea, es más por la fama.

Como no hay fondos es imposible pagarle a un músico. Rubén reniega mucho y tampoco puede garantizar que todos los integrantes estén disponibles cada vez que hay fecha en un boliche: son todos laburantes y tienen familia, algunos tocan en varios grupos y terminan eligiendo casi siempre la banda en la que pueden conseguir aunque sea las monedas para el remis.

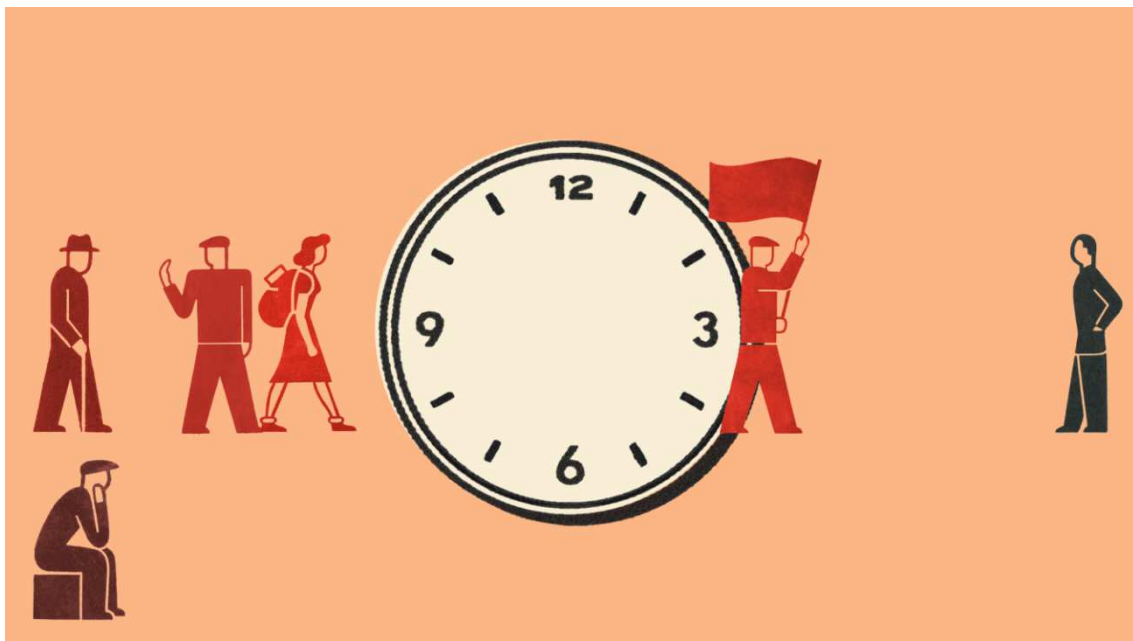
12

- Entonces yo tengo mi opción –explica Rubén-: armo los temas en una netbook y lo disparamos de ahí. Y bueno, muteamos de ahí, de acuerdo a si hay bajista o no. La percu siempre va en vivo, lo que es conga, tambor, todo eso va en vivo.

Trabajó de muchas cosas pero dice que nunca dejó la música. Compró una netbook “del gobierno” a un pibe del barrio y la desbloqueó (porque él sabe desbloquear celulares, computadoras, todo). Un amigo suyo le pasó el Nuendo 2, bien tuneado y no le cobró un mango.

- Y yo como no sabía mucho, eché moco y lo borré –dice con sonrisa pícaro-. Entonces le robé internet a mi mamá, que vive en la casa adelante del terreno, y me bajé el Cube i5, que no está tan tuneado, pero para lo que yo hago me sirve. Es como un estudio de grabación: vos tenés varios canales para grabar, qué sé yo, desde micrófonos hasta piano, bajo, lo que vos quieras. Y

podés grabar también una pista cantada. Me faltan un montón de cosas ¿Viste? Tengo que comprarme una faz de sonido, pero tengo un pianito que tiene midi y todo eso. Pero me falta ese aparatito para yo poder grabar bien y ese tipo de cosas. Pero bueno, es de a poco, esto es así.



El trabajador sabe más de lo que confiesa y de lo que le reconocen los sabios. Echando moco y a patadas cuela su humanidad entre el tic y el tac de los engranajes de la fábrica. Con chatarra y plástico derretido mete la cuña de la avivada entre el tic y el tac de las pantallas, las páginas y los especialistas que compiten a codazos por juzgarlos culpables meritorios de su pobre destino, por costar demasiado y por no saber. Sus acciones quizás no sirvan a los fines del proyecto revolucionario y no se conmemorarán como victorias colectiva de clase, pero ¿Quién le quita lo bailado al que cagó a patadas al hijo del jefe escudado en el ritual de la masculinidad argentina?



Parafraseando a De Certeau en estilo libre, *somos, de a poco, lo que hacemos con lo que Taylor quiso hacer de nosotros*. El trabajo, como la vida, ocurre sin estar en los planes, en esa huida permanente de la plácida perfección de la máquina: una escapatoria fragmentaria y la mayoría de las veces imperceptible, pero superviviente, aun cuando el taylorismo moribundo, el toyotismo adolescente y todas las ciencias repetidoras se empeñen en ceder ante la tentación de la muerte.



Sobre los autores

GONZALO ASSUSA es Sociólogo por la Universidad Nacional de Villa María y Doctor en Ciencias Antropológicas por la Universidad Nacional de Córdoba. Es profesor de nivel medio y terciario. Becario Posdoctoral por el CONICET. Investiga sobre desigualdades de clase en relación al trabajo y consumo en la provincia de Córdoba. Su tesis doctoral analizó las disputas en torno a la llamada “cultura del trabajo” entre jóvenes de clases populares.

JP BELLIN es Diseñador gráfico e ilustrador desde el año 2006. Trabajó en el Teatro Real y el Teatro del Libertador de la ciudad de Córdoba, y desde el año 2012 forma parte del Área de Diseño Gráfico de la Universidad Nacional de Córdoba. Realiza colaboraciones en diseño editorial e ilustraciones para distintos proyectos independientes.